

**LAS PAREDES
HABLAN**

VISUAL-MENTE - PÁG. 8-10

SOY GETSEMANÍ - PÁG. 2-4

**LA HIJA
DEL BARRIO**

EL GETSEMANICENSE

MEMORIA DE BARRIO IMPRESA



ROSITA, LA HIJA DEL BARRIO

¿Quién de los vecinos criados en Getsemaní no conoce a **Rosita Díaz de Paniagua**? ¿Quién no la ha visto argumentar, proponer y ponerle los puntos sobre las íes a más de uno, sobre todo si viene a pontificar desde afuera? Su trayectoria intelectual, como gestora barrial y defensora de nuestras tradiciones es un ejemplo para todos. Pero también, hay que recordarlo, fue niña y adolescente aquí. Recorriendo las calles de Getsemaní nos descubre un montón de historias que no solo hablan de ella misma, sino de lo que somos y de nuestra herencia.

“Mi infancia en el barrio fue deliciosa. Yo me recorría Getsemaní y mi mamá se paraba en el balcón para esperar a que llegáramos. Íbamos donde los primos, donde las tías y regresábamos en la noche. Además, a esas horas jugábamos mucho, no había el temor de que a uno le pasara algo. En el barrio sucedía que las personas que nacíamos en la misma época éramos muy amigos y como una generación propia, la de uno. Es algo parecido a los kuagros de Palenque”, explica.

“La ruta mía era salir de la Tripita y Media, donde quedaba mi casa, y llegar a la calle segunda de la Magdalena, donde unos familiares. Si allá me encontraba con mis amigas Anita u Hortencia, me sentaba a conversar con ellas en la mecedora o pretil. De ahí nos íbamos al Parque Centenario. Luego entraba en la calle de la Sierpe y de allí pasaba a la calle San Juan donde vivía mi tía Josefina. Luego pasaba a la calle Larga y nuevamente entraba por la calle San Antonio donde vivían otras amigas mías. Regresaba a la plaza de la Trinidad y ahí me sentaba a hablar porque ese siempre ha sido el sitio de la oralidad”.

“Si me alcanzaba el tiempo iba al Pedregal, donde mi tía Rosa, que era la matrona de la familia. Entraba por calle Lomba, regresaba por el Espíritu Santo, las Maravillas y entraba por la Pacoa para regresar a mi casa. Ese recorrido lo hacía después que estudiaba, tipo cuatro de la tarde”.

“En la casa de Delcy Noguera, otra de mis mejores amigas, había un traspatio de los que antes se llamaban los centros de manzana, donde jugábamos al béisbol. Aquí en la Matuna se jugaba béisbol con los vecinos de San Diego y era donde se formaban las peloterías. Sopla una brisa tremenda y mi abuelita decía –Sopla brisa, sopla brisa que es tu tiempo– y los vestidos se nos levantaban”.

“Yo entré a estudiar la primaria al Colegio Lourdes, que quedaba en la calle de la Media Luna, donde está la Obra Pía. Luego se fue ese colegio, pero paradójicamente seguí estudiando el bachillerato en el mismo espacio, que fue ocupado por la Universidad Femenina. Le decían así porque el nombre oficial era larguísimo”.

DE LA MISA A LA FIESTA

“En esa época íbamos a misa al rosario de la Aurora y de ahí salíamos en procesión por algunas calles del barrio. Llegábamos donde la tía Rosa y ahí nos daba desayuno. Luego salíamos al Arsenal, a comprar frutas en el mercado. Y luego regresamos tipo diez de la mañana a la casa. Las canciones de la iglesia las aprendíamos donde la señora Leo Pájaro, en la calle de la Media Luna”.

“Tripita y Media era una calle toda de vecinos. En la esquina vivió la familia Valdelamar, con quienes vivía una de mis mejores amigas, Omaira Eljach. En esta calle también vivieron la niña Mati y la seño Damia, que era como el consulado del Carmen de Bolívar porque ahí se hospedaban todos los muchachos carmeros que venían a estudiar acá. También están las Barbosa, que es la última familia que reside en esta calle”.

“En las navidades se cerraban las calles y se hacían las novenas y cenas en la iglesia de San Roque, porque nosotros éramos más de esa congregación que la de la Trinidad. Eso era un compartir entre todos los niños. En diciembre era la única época en que se permitía vender algo en el parque. Había una feria de juguetes por las novenas, entre el 16 al 24 de diciembre, y ahí veíamos los últimos juguetes que habían salido y volvíamos a la casa a hacer la carta al niño Dios con base en lo que habíamos visto en la feria”.

“La Semana Santa era una cosa maravillosa. Desde el Jueves Santo íbamos a ambas iglesias a hacer el Monumento en el altar y de ahí corriendo a bañarnos y a ponernos ropa de luto para regresar nuevamente a la adoración del Santísimo. El Viernes Santo se repartía mucha comida y nos



ofrecían los platos típicos. Intercambiamos dulces y también se jugaba lotería de cartón grande, bingo y dominó”.

“A la virgen del Carmen que ahora está en la bahía, la ubicaron primero en el reducto del Arsenal. La tía Rosa, la del Pedregal, nos mandó alguna vez a buscar a todos los sobrinos, nos compró cepillos, jabón, y nos pusieron a lavar esa virgen de mármol. Esos cepillos se acababan rapidito porque eso era nosotros dándole y dándole”.

“En las fiestas novembrinas, salíamos en un carro charro y llegábamos hasta la plaza de la Aduana. Estaba la celebración de Ángeles Somos y ya después llegaban las fiestas del 11 de Noviembre”.

LA PEQUEÑA LULÚ

“Mi casa era una casa abierta. Allá podía llegar todo el mundo. Mis amigas recuerdan que ellas también me recibían, nos ofrecíamos alimentos, las familias nos llevaban a comer helado al Ice Cream o comida china en la Piedra de Bolívar. A todo eso ayudaba que el colegio nos quedaba a un par de calles”.

“Todos en Getsemaní encontraban un escenario propicio para su desarrollo. En el Parque Centenario, por ejemplo, hay recuerdos agradables no solo del disfrute, sino de aprendizaje. Ahí quedaba la biblioteca Juan de Dios Amador. Allá íbamos cuando teníamos tareas y en la parte de afuera había unas personas que alquilaban cuentos y novelas de Corín Tellado. Los leíamos casi a escondidas de nuestros padres. A veces yo prestaba un libro en la biblioteca, pero en realidad dentro había metido una caricatura de la *Pequeña Lulú*. Un día mi mamá le dice a una amiga –¿Será que Rosi necesita un psicólogo? ¿por qué se ríe con el libro?–. Lo que ella no sabía era que en realidad me reía de la caricatura”.

“Mi adolescencia fue de la misma manera que mi niñez. Todos éramos como una familia grande. Las mamás de los amigos nos cuidaban y nos ayudaban mucho. Mi mamá con su grupo de amigas nos llevaban a las fiestas de la Popa. A mí no me gustaba madrugar, pero ese día nos levantamos temprano ¡con una felicidad! Preparábamos sándwiches, termo con chocolate y nos íbamos a pie desde el barrio. Nos metíamos por los caminos tramposos y regresábamos a Getsemaní con el mismo entusiasmo”.

LA FAMILIA

“Mi abuelo fue general de la guerra de los mil días; el general Manuel Díaz Capella. Luego de la guerra el general Uribe les dio a ellos la posibilidad de estar en comunidades, por ejemplo en Puerto Badel y Getsemaní. Aquí mi abuelo tenía varios compañeros. Esa historia no la conocí muy bien, pero sí tengo claro que tuve muchos tíos en casi todas las calles de Getsemaní”.

“Mis papás realizaron muchos trabajos. Empezaron con unos kioscos por el Muelle de los Pegasos. Luego mi papá hizo una heladería que se llamó “Heladería Cartagena” exactamente donde después quedó el Polito, -entre los teatros Cartagena y Colón- y allí presentó muchos músicos y cantantes que después fueron muy famosos: la Sonora Matancera, Celia Cruz, Lucho Bermúdez, Pedro Daza, entre otros. Además, estableció un lugar semejante al Tropicana en Cuba, aunque por supuesto el de allá era más grande. Él tenía mucha conexión con Cuba. De hecho, en la heladería utilizaba ‘Pronto Gel’, que solo conseguía allá. Por eso sus helados tenían una consistencia y un sabor

muy diferente. Cuando fui a Cuba, ya de grande, yo buscaba un helado en el Coppelia porque quería volver a comer un helado con sabor a Pronto Gel”.

“Después abrió un almacén de repuestos de carros. Entonces solo había dos en Cartagena. El que quedaba en el edificio de Quiebracanto, de los Morales, y el de mi papá, en Tripita y Media. Entonces no había mucho carro en la ciudad. También importaba vehículos, limusinas, máquinas de coser. Fue un gran empresario y mi mamá era una trabajadora incansable con él”.

“Mi mamá es de Calamar, llega a Cartagena con el tren y se va a vivir a Getsemaní. Ahí se encuentra con mi papá y establecen una relación. Yo tengo cinco hermanos: uno que nace en una de las accesorias de la plaza de la Trinidad. Otra nace en la calle de las Maravillas. Mi otra hermana y yo, que soy la menor, nacemos en Tripita y Media, en la casa de esquina, que todavía es nuestra. Ellos también criaron a muchas personas en la casa, cosa que era muy común. En esa época en Cartagena y Getsemaní teníamos muchas líneas de parentesco, bastante diferentes a las de ahora: hermanos de crianza, hermanos medios, hermanos primos...”.

MEDELLÍN Y EL REGRESO

“Terminé bachillerato en el año 68 y me fui a Medellín a estudiar sociología en la Universidad Pontificia Bolivariana ¡Ya se imaginarán la reacción de mis padres cuando les dije que quería estudiar eso! Si todavía muchos no saben de qué se trata eso, antes menos. Por Getsemaní quise estudiar sociología, por mí recorridos dentro del barrio. Pero ahí se cortó la vida cotidiana. Y entonces por eso digo que la vida de Getsemaní se vuelve un estilo de vida porque cuando regresaba de vacaciones seguía haciendo las mismas cosas que se hacían antes. Igualito”.

“De Medellín regresé con mi esposo, Raúl, en el año 76. Entonces me empiezo a dar cuenta que la ciudad cambió. ¿Dónde está el Ángeles Somos que yo disfrutaba de niña, dónde está la fiesta de noviembre que yo conocía? Muchas cosas del patrimonio inmaterial y cultural habían cambiado. También había mucho expendio de droga, prostitución, negocios de micro-tráfico, atracos, delitos. Había mucho temor sobre eso. Claro, regresé siendo socióloga y con Raúl empezamos analizar qué pasó”.

LA CONEXIÓN HABANA

“Mi primer viaje a La Habana fue ya casada, viviendo en Getsemaní. Fui invitada por el gobierno cubano en el 81. Yo había hecho una experiencia educativa de un preescolar alejado de sistema educativo tradicional y me invitaron a contarselas”.

“Como fui invitada conocí muchas cosas: ir a la escuela de pioneros, a otras poblaciones, comer comidas de la misma Habana porque yo no estaba de turista. Lo que logré ver es que Getsemaní y La Habana son muy parecidos, incluso en las cosmogonías mágico-religiosas, en la forma de pensar.

Por ejemplo, esa misma devoción que vi cuando rescatamos el cuadro de las ánimas del purgatorio, muy sincrética y parecida a muchas devociones que conocí en la Habana.

“Ahora cuando voy al barrio lo reconozco por los olores, por los colores. Todo me retrotrae al Getsemaní que llevo por dentro. Yo me siento en la plaza de la Trinidad o en la casa de Nilda y es como si estuviera en la época en la que viví en el barrio”, dice Rosita. ●

Mi casa era una casa abierta, ahí podía llegar todo el mundo y mis amigas ahora me recuerdan como ellos me recibían, les daban comida, nos llevaba a comer helado al Ice Cream, nos llevaba a comer comida china en la Piedra de Bolívar.

La peregrina



EN MI BARRIO

La latica



Después de sesenta años a Antonio -Toño- de Aguas se le sigue viendo sentarse en la Plaza de la Trinidad. Ahí, en ese lugar donde no solo bateó la tapita y la bola de trapo, sino también donde de niño corría a 'esconder la penca' o tirar la 'latica'.

¡Hombe, esa era una época muy bonita! expresa 'Toño' recordando sus juegos de infancia, mientras se toma un tinto en la plaza a eso de las nueve de la mañana. Moreno, cabello canoso, siempre 'encajado' y con alguna revista envuelta en la mano. Al frente suyo alguien deja caer migas de pan atrayendo a las palomas. Así como llegan las aves, vienen los recuerdos de los juegos de infancia de Toño.

"Recuerdo mucho el juego de la 'penca escondida': teníamos que quitarnos el cinturón y entre el grupo de amigos esconderlo. El último niño en llegar tenía que buscar la penca escondida. Era muy difícil. Siempre lo jugábamos entre siete u ocho amiguitos de nuestra infancia, de la calle San Juan porque ahí fue donde nací, me crié y sigo viviendo", recuerda Toño.

"Desde mi nacimiento y también antes este fue un barrio sectorizado. Cada calle tenía su combo, o sea, los grupos donde nacían los niños de cada calle. Para conocernos veníamos todos a la plaza de la Trinidad. Ahí podíamos detectar a los niños de otras calles: -¿Cómo te llamas tú?- y él otro, -¿Cómo se llama aquel?-. Al final, ya sabíamos el nombre de todos los del combo y nuestras costumbres. Nuestros permisos eran los fines de semana y esperábamos las vacaciones de junio para jugar esos días. Cuando fuimos creciendo, cada uno se iba graduando y conformando su hogar o se iban del barrio. Éramos un Getsemaní muy unido".

"Otro de nuestros juegos favoritos era la latica; ahí lo primordial era coger una lata, hacerle unos huequitos y le echábamos piedras por dentro como si fuera una maraca. Luego la tirábamos y nos escondíamos. El último en llegar tenía que buscar a los demás". "Otro

La patilla

La penca escondida

El trompo



LOS JUEGOS

juego era la patilla: éramos seis niños y nos colocamos en fila. Otro niño llegaba preguntando por la patilla o la fruta que él quería: yo vengo a comprar una fruta, ¿de qué son? y uno gritaba: melón, fresa, mango y él se iba con su compra. ¡Bonito ese juego!"

"¡El tren era muy bonito! Qué pase el rey, que ha pasar, el hijo del conde se queda atrás".

"O cómo olvidar al 'tumbalo todo': tomábamos una piedra y la escondíamos en una de las manos. Debíamos adivinar dónde estaba 'la chinita' o piedra. A pesar de que unos juegos eran más para las niñas nos encantaba jugar a la peregrina y la cuerda".

"Por supuesto que el escondido era de los más populares. A veces habían discusiones por el juego, eso era emblemático eso en nosotros. Sin embargo, el jugar nos unía con el resto de niños del barrio".

Toño rememora los movimientos que se usaban en cada juego. Se levanta de su lugar, mueve las manos y el cuerpo para explicarlos. "Se me viene a la mente el trompo y el yoyo. En esa época eran patrocinados por la Coca Cola. Otro juego era la moneda: enterrábamos una, dos, tres o cuatro en un círculo. Tiraba el trompo y este a su vez tenía que caer en el círculo".

DEL POLVERO A SAILOR MOON

Por su parte, Ana Restrepo, vecina del pasaje Mebarak recuerda que iban levantando el polvorín de las calles con las llantas de bicicletas que empujaban con un palito. "Hacíamos una competencia; el que primero llegara ganaba. También jugábamos al yimis, con una tapita y una bola y dos equipos el que tumbara la montaña de tapitas tenía que volver a hacerla sin dejarse atrapar del otro equipo. Jugábamos a brincar la cuerda. Ahora los niños y niñas juegan es fútbol".

Judith Suárez, recuerda que "de niñas jugábamos

El yimis

El yoyo

DE MI BARRIO

mucho a la uñita con las bolitas de cristal y a la peregrina. Incluso todavía lo siguen jugando las niñas. Salíamos todos por las tardes, después que bajara el sol. Nuestras calles aún no estaban pavimentadas, así que uno levantaba el polvo corriendo".

"Jugábamos en la calle y en la casa al fantasma, a Mambrú se fue a la guerra, a las sortijita - tija - tija. Nos cuidaba la misma calle. Era una época en la que cualquier vecino nos podía regañar, mandar a la casa, y no había ningún problema con eso. La familiaridad que había en la calle y en el barrio en general era una cosa extraordinaria y maravillosa", cuenta Rosita Díaz.

"Un juego que me encantaba era la 'Niña Mariquita Pérez', de un ancestro afro. Decía: La niña Mariquita Pérez con tres panelas melcochá, con tres panelas y media se completa la gozá y nosotros completábamos la gozá. Toda la calle nos cuidaba. Mi papá podía estar allá dentro, pero todas estaban pendientes de nosotros mientras estábamos jugando", cuenta Rosita.

Los esposos Paniagua Díaz en su texto: *Getsemaní Historia patrimonio y bienestar social en Cartagena* hacen alusión a que "Los niños producen en sus calles juegos y rondas como la "Niña Mariquita Pérez"; "La tranca, la tranca del bollo negrito"; "La estatua"; "La marisola"; "La pobre coja"; "El materile ríle" y la muy conocida y generalizada costumbre del Ángeles Somos, el primero de noviembre.

Francys Caballero, más contemporánea que Toño, Ana y Rosita explica que una de sus distracciones era llenar álbumes con laminitas, muy común en su infancia: intercambiar cosas coleccionables como los hielocos de Coca Cola o el muñequito que estuvieran dando en esa época. Lo mismo con las laminitas de Amor, Supercampeones, Sailor Moon".

Shary Rocio Torres, una muy joven vecina de la calle del Pozo cuenta que "con mis primas jugábamos mucho en la plaza al quemao, tili-pon, a la tapita y fútbol. Cuando nos dejaban manejar bicicleta era de esta esquina a aquella otra. La plaza del Pozo era como nuestra tarima. Nos subíamos allá arriba y el resto de personas allá abajo. Incluso, nos metíamos dentro del pozo a jugar", cuenta.

La sortijita - tija - tija

Nos cuidaba la misma calle. Era una época en la que cualquier vecino nos podía regañar, mandar a la casa, y no había ningún problema con eso. La familiaridad que había en la calle y en el barrio en general era una cosa extraordinaria y maravillosa.

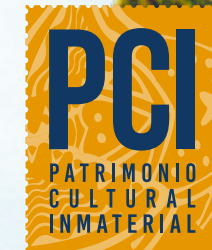
DE LA ESCUELA A LA PLAZA

Por su parte, los estudiantes de la Institución Educativa La Milagrosa siguen manteniendo viva la tradición de los juegos. "A pesar de toda la tecnología de hoy en día, los niños de Getsemaní salen a las calles a jugar velillo, la peregrina, 'quemao', escondido y al vasito de agua, con el que casi siempre comienzan", nos dice una de sus profesoras. Aprovechan los recreos para organizar juegos entre ellos y a la salida de clases también. Incluso, replican los juegos que practican los adultos, como la bola de trapo. Las niñas en especial juegan a las chinas y al vasito de agua. Además, en la institución disponen de espacios para fomentar los juegos, el amor por la cultura y la literatura.

En las calles internas del barrio, por la tarde, se puede ver algunas mamás sentadas en los pretiles de las casas conversando con las otras vecinas, mientras que vigilan a sus niños, como era antes. A otros niños los podemos ver pateando balón en plaza de la Trinidad. Puede que se mantenga llena de visitantes, pero para ellos sigue siendo su sitio de esparcimiento. No les preocupa si la pelota golpea a alguien. Se han acostumbrado a convivir con eso, porque pueden pasar los años, pero la plaza de la Trinidad sigue siendo el mismo lugar donde 'Toño' iba a jugar a la penca escondida, la latica o donde se conocían con los otros niños del barrio. O donde se jugaba al béisbol y la pelota de trapo cuando no habían pavimentado las calles. El lugar de la palabra, del esparcimiento y el epicentro de los juegos del niño getsemanicense. Eso todavía no ha cambiado.

El escondido

Tumbalo todo



La uñita



La marisola

CALLE DE LA MEDIA LUNA

Para comenzar convengamos un punto de partida: todos sabemos dónde termina la calle de la Media Luna: a la salida de Getsemaní hacia Papayal, donde quedó el Revellín. Y la mayoría podemos estar bastante seguros sobre dónde comienza o comenzó. Pero acerca de esto último puede haber algún margen de debate entre historiadores y urbanistas.

Hoy parece aceptarse que la calle comienza en el punto donde el edificio Morales (Quiebracanto) hace un ángulo, o bien, dirá alguno, desde el límite entre ese edificio y el hotel Monterrey. ¿Dónde puede comenzar la discusión? En que el primer trazado urbano tenía a la calle Larga y la “Media Luna” original como los ejes principales del barrio, que confluían en la esquina donde queda la iglesia de la Orden Tercera. El Arsenal no contaba como calle principal porque era un playón que daba a la parte trasera de los predios de la calle Larga.

Hasta comienzos del siglo XX el amplio espacio de lo que hoy es el parque de la Independencia, el Camellón de los Mártires, el atrio del templo San Francisco y la parte delantera del Claustro fueron una sola explanada, sin la estricta división predial que tiene ahora. Aquella calle original, más que hacer una curva se confundía un poco con todo aquella explanada. Ya luego, mucho después, vendrían las delimitaciones urbanas y los trazados de calles vehiculares.

Pero además ambas calles -como tantas en el sector amurallado- han cambiado de nombre varias veces, no solo en toda su extensión, sino también por tramos. Por ejemplo, la que va del hotel Monterrey hasta el Arsenal se le conoció en el siglo pasado como la calle del Mercado, porque al frente, donde ahora está el Centro de Convenciones quedaba, obviamente, el Mercado Público, inaugurado en 1904. Pero mucho antes se le conoció como calle de San Francisco porque ahí quedaban el claustro y el templo franciscanos que le dieron origen al barrio. Y al frente el atrio y la plazoleta donde se reunieron los lanceros en 1811.

Dice Donald Bossa Herazo en su *Nomenclátor Cartagenero*: “a su primera cuadra, saliendo de la ciudad hacia las afueras, el Concejo de Cartagena la llamó de Ignacio Muñoz, en honor del celeberrimo Tuerto Muñoz, del 11 de Noviembre de 1811, y a la segunda, de Nicolás Mauricio de Omaña, por el sacerdote compañero del Tuerto en la memorable jornada”.

Sigamos: en la tradición colonial española para nombrar las calles, aquellas que daban sobre un parque o plaza no tenían nombre propio sino que se nombraban en relación a estos. Por ejemplo, calle norte de la plaza de las Mercedes. Pero el Club Cartagena, construido en el siglo XX y que queda sobre el Parque Centenario aparece en documentos prediales como ubicado en la calle de la Media Luna.

Toda esta introducción no busca enredar las referencias, sino mostrar cómo tras cinco siglos de historia, de tanto cambiarles los nombres a las calles en decisiones de la ciudad como en el uso de la comunidad- pueden quedar zonas grises. No siempre se llamó de la Media Luna ni tuvo la misma extensión que la que ahora conocemos por tal nombre.

IMPORTANCIA ESTRATÉGICA

En el siglo XVI, una vez comenzadas las obras del Claustro y el Templo San Francisco -en lo que era una isla desierta y cuando faltaba tiempo para que le llamara Getsemaní- primero se trazaron las dos calles arterias: Larga y la Media Luna. De ambas, la más estratégica era esta última. La

calle Larga se demoró bastante para ser ocupada hasta el fondo. El puente Román, que comunica con la isla de Manga solo apareció hasta finales del siglo XIX. Antes hasta ahí lo que había era pared. Es decir: muralla.

En cambio la calle de la Media Luna era la conexión con tierra firme para toda la ciudad amurallada. Por ahí entraban los productos y viajeros que venían por tierra. Tenía conexión con el fuerte -hoy castillo de San Felipe- y con la isla de Manga a la que se accedía por el puente detrás del actual diario El Universal, en pie del Cerro. Militarmente era un punto neurálgico también.

Pero además también hacía la conexión con el puente de San Francisco -sobre el caño San Anastasio, que separaba al Centro de Getsemaní- y la Boca de Puente (actual torre del Reloj). Aunque al principio no había una calle como tal, los sucesivos rellenos fueron configurando ese trazado natural que hoy conocemos como el Camellón de los Mártires.

Así lo explica Fortificaciones Cartagena de Indias: “El arrabal de la ciudad (Getsemaní) no estaba incluido en el plan de fortificación de Cartagena de Indias realizado por Bautista Antonelli en 1595 ya que, por aquel entonces, sólo existían el convento de San Francisco y el matadero. Décadas más tarde, el arrabal había sido poblado y el gobernador Francisco de Murga decide abaluartarlo también a principios de la década de 1630”.

“Getsemaní quedaba así incluido dentro del recinto amurallado, siendo la Puerta de la Media Luna el único acceso a la ciudad desde tierra firme. Las cortinas pétreas, además de su clara función defensiva, intentaban ser también un elemento que dificultase el contrabando llevado a cabo en el arrabal, que a partir de entonces estaría cercado por todos sus lados a excepción de la parte próxima a la antigua ciénaga de la Matuna, ya que en caso de ser tomado por enemigos supondría una amenaza para las cortinas y baluartes del centro”.

Aquella puerta defensiva de la Media Luna, llamada así popularmente por la forma de su remate, le terminó dando el nombre definitivo a la calle



Antes: fue la casa y sede de la empresa de calzado **Beetar**.

Hoy:

Ferretería Centenario
Teléfono: 6602731
Horario: lunes a sábado de 8:00am a 6:00pm.

Restaurante Castellana DF
Teléfono: 6648222
Horario: todos los días de 7:00am a 12:00am

Hoy: **Edificio Parque Centenario**. Renovado a comienzos del siglo XXI como copropiedad horizontal.

Originalmente fue llamado edificio Ganem. Allí vivieron muchas familias propietarias de locales del antiguo Mercado Público.

Serrano Gourmet
Teléfono: 6602555.
Horario: todos días de 7:00 am a 10:00 pm.

Aquí vivió Antonio Marun, uno de los primeros sirio libaneses quien puso allí la primera terminal de la ciudad, llamada Transporte Unión Bolívar. En la segunda planta vivieron los Marun Aljure, cuyos herederos aún la tienen.

Hoy: **Centro Comercial Getsemaní**, que ocupa lo que era una casa de familia frente al parque Centenario y que unieron con un predio que fue parte de las huertas del convento de San Francisco. Más de trescientos negocios con oferta muy variada.

Teléfono: 6647085.
Horario: todos los días de 8:00am a 9:00pm

PROYECTO HOTELERO SAN FRANCISCO

que la precedía. Pero de nuevo, antes de que el nombre popular ganara la partida, esa puerta fue llamada formalmente primero como de San Antonio y luego de San Francisco, nombre que además pudo haber tenido por un tiempo toda la calle hasta el Convento.

Para efectos de los tres artículos sucesivos sobre esta calle emblemática comenzamos en el edificio Morales hasta la calle de la Sierpe; en la segunda nos ocuparemos desde allí hasta la calle de Guerrero; en la tercera iremos desde la esquina de Café Havana hasta la salida, pasando por San Roque.

De la calle que nos ocupa en esta edición -la que da al frente del Parque Centenario- hay que comenzar por decir que los predios de los edificios Morales, Club Cartagena y antigua casa Ambrad están integrados al hotel de estándar internacional que actualmente construye el Proyecto San Francisco y que también incluye el templo, el claustro, las anexidades y parte de las antiguas huertas del convento San Francisco.

Se dice que la casa que constituye la entrada al Centro Comercial Getsemaní fue del almirante Prudencio Padilla, pero la versión más fidedigna es que la casa principal sobre el gran lote en el que años después quedaría el Teatro Padilla, quedaba sobre la calle Larga. Lo que sí funcionó allí fue un hotel llamado San Francisco y el restaurante El Llanero, donde ofrecían sancochos y una famosa carne a la llanera.

La otra parte de la calle está ocupada por cuatro predios que tienen un rasgo en común: durante buena parte del siglo XX casi todos pertenecieron a familias de origen sirio libanés, que en pocas décadas se convirtieron en una élite económica de la ciudad. Fueron de los primeros predios en habitarse en la Colonia temprana, luego casas altas -de un piso- durante mucho tiempo hasta que el éxito comercial, a finales del siglo XIX y comienzos del XX permitió levantarles un segundo o más pisos. En el primero funcionaba la empresa, negocio o local y en el segundo para arriba vivía la familia. Así sucedió con los Ambrad, los Beetar, los Bajaire o los Marún.



Casa que fue de la familia **Bajaire** y pertenece a la familia **Facuseh**.

En el segundo y tercer piso funcionó por muchos años el **Hotel Tropical**.

Hasta hace poco: Restaurante **Acción de Gracias**.

Estuvo la casa de la familia **Ambrad**, famosa por sus profesionales de la medicina. El predio ya aparecía construido en el mapa de Francis Drake (1586) y en el censo de Francisco de Murga (1630).

De toda la casa solo quedaba la fachada del primer piso, en mal estado. Ahí funcionó la Farmacia Ambrad.

El Club Cartagena fue inaugurado en 1925 y funcionó allí hasta finales de los años 50. Luego fue quedando en un paulatino deterioro.

Antes funcionó en el primer piso el almacén de repuestos para automóviles de Emigdio Morales y antes aún, un almacén de abarrotes.

Desde 1993, en el segundo y tercer piso funciona **Quiebracanto**. Teléfono: 664 13 72. Horario: martes a domingo de 7:00 pm a 2:00am

Hasta hace pocos meses en el primer piso funcionó en el primer piso **La Caponera**, un sitio de música y venta de licor.

Este edificio tiene una historia paralela con el de al lado (Quiebracanto). Fueron el mismo predio en parte de la Colonia.

Antes funcionó el almacén **Puerta del Sol**, de los hermanos Morales. En los últimos años funcionaron un expendio de licores y un hotel venidos a menos.

LAS PAREDES HABLAN

Poco queda del arte mural que debió adornar el Claustro y el Templo de San Francisco, pero es imperativo recuperarlo y protegerlo para el futuro inmediato y para la posteridad. Es lo que se está haciendo ahora con dos obras que dicen mucho del pasado.

Para lograrlo hay unas herramientas que no existían pocas décadas atrás: la legislación y las instituciones colombianas de cultura, que con el paso de los años y las sucesivas reformas han logrado unos niveles de exigencia y precisión que no solo dejan poco margen para las interpretaciones, sino que obligan a quienes tienen bajo su dominio bienes de interés cultural nacional (BICN) a unos estándares muy precisos para su recuperación, intervención y puesta en valor.

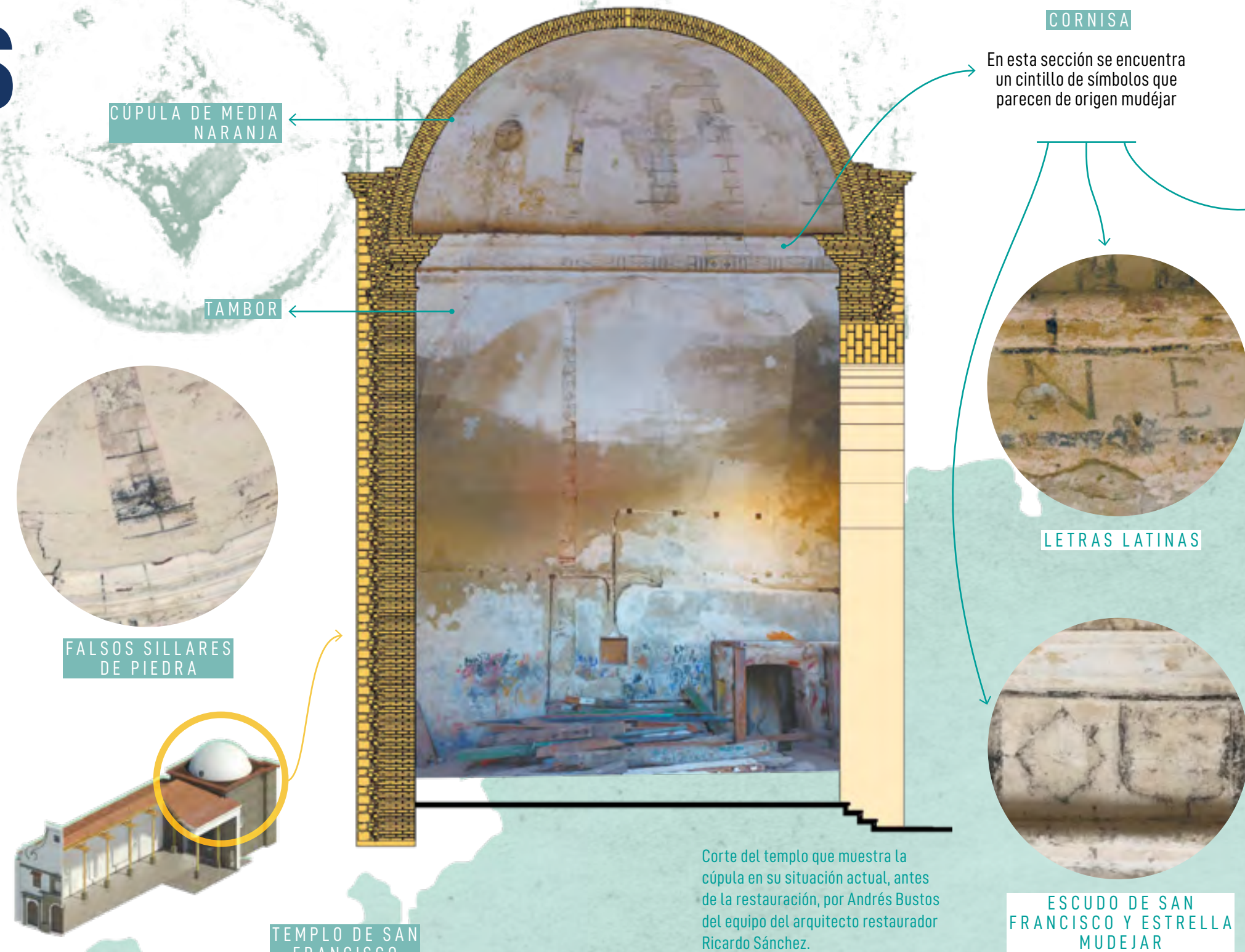
Es el caso del claustro y el templo de San Francisco. Por ley están protegidos no solo los bienes inmuebles (las construcciones) sino los elementos de interés cultural que ellos contienen. Un ejemplo es el tema arqueológico, que comenzó con un equipo pequeño, acorde a lo que se preveía encontrar pero al que los hallazgos obligaron a ampliar hasta casi veinte arqueólogos de tiempo completo y a reprogramar en seis meses adicionales las obras del hotel que se construye allí, para poder hacer el proceso completo de excavación y protección de esa riqueza cultural enterrada. Se trata de capas sobre capas de historias contadas en los enterramientos de cientos de personas y de restos arqueológicos que a alguien del común le puede parecer casi desechos, pero que a un experto le cuentan toda una historia.

El arte de las paredes no queda mucho. El templo fue abandonado en algún momento del los años 1700 y amenazaba con ruina total al entrar en los 1800. Desde el comienzo de la República y hasta mediados del siglo XX tuvo diversos usos civiles y hasta militares. En general, fue más un galpón o bodega que un sitio de despacho u oficinas. Sufrió un embate cuando fue readecuado con diversas reformas pequeñas y grandes desde mediados del siglo XX para convertirlo en una sala de cine. Luego, a comienzos de este siglo, la parte delantera fue usada como oficina, con la desventaja de que los aires acondicionados, con el calor y la humedad que producen, estaban instalados en otro sitio dentro del mismo templo.

Y aunque poco queda por rescatar del arte del arte mural que debió adornarlos alguna vez, se está trabajando para recuperar dos elementos que han sobrevivido y que requieren una especie de cuidados intensivos para retornarlos a la vida: el arte pintado en la cúpula y el fresco de la crucifixión en el Claustro.

El responsable de ambos procesos es Rodolfo Vallín Magaña, junto con su equipo. Él es considerado por muchos como la mayor autoridad que hay en Colombia en este tipo de restauraciones. Es un mexicano que llegó al país en 1979 y quien desde entonces se dice a sí mismo que pronto regresará a su México natal pero siempre le salen más trabajos en todas las regiones de Colombia, más amigos y excusas para quedarse, para querer más al país y a su gente, según dice con una mezcla de alegría y nostalgia.

Visto desde afuera, Vallín parece una mezcla de sabio perspicaz y hippie eterno. Tiene los cabellos casi blancos y unos lentes con marcos de más colores que un arcoiris, que a su vez guarda en una bolsita de tela multicolor que compró en algún baratillo de la calle. Le brillan los ojitos vivaces cuando habla de sus temas. Es un gusto pasar un rato a su lado, escuchando cómo cuenta con serenidad cada detalle, desde lo técnico hasta lo anecdótico, de la recuperación del arte de la cúpula y la crucifixión.



UNA CÚPULA SINGULAR

Hay que recordar que Getsemaní comenzó con el templo de San Francisco. Y que el templo comenzó con la construcción de la cúpula. Antes de eso era una isla despoblada. La cúpula, entonces es el punto cero al pensar cómo surgió el barrio.

Cuando las cúpulas están bien hechas, con materiales de calidad, su estabilidad es de muy largo plazo. Su duración se mide en siglos y con buen mantenimiento, incluso milenios, como las realizadas durante el Imperio Romano y bajo su influencia posterior. La del templo de San Francisco está bastante bien construida en ladrillos y su estructura permanece estable. Pero el deterioro y falta de mantenimiento por unos tres siglos le pasaron factura a su recubrimiento interior. La humedad, las grietas y la vegetación parásita, entre otros males, han afectado las diversas capas de estuco y cal.

Sin embargo, se está realizando el proceso para conservar lo que queda en buen estado y despejar dos elementos gráficos que deben datar de los primeros años de la cúpula, quizás del siglo XVII: un cintillo de símbolos alrededor de su base o cornisa y una imitación de “sillares” desde allí hasta el remate. Todo ese proceso, como el del fresco, requirieron que el Ministerio de Cultura aprobara el proyecto de intervención, que debe cumplir una serie de requisitos tendientes siempre a proteger el patrimonio.

ALARIFES Y ARABESCOS

Los símbolos de la cúpula parecen de origen mudéjar, es decir, la combinación del arte árabe e ibérico que se dio en una tradición única cuando ambas culturas convivieron en la actual España. Hay que recordar que por los mismos tiempos de la conquista de América los reyes católicos concretaron la expulsión de los musulmanes de aquel territorio. Muchos de aquellos árabes vinieron a “hacer la América”, como se decía entonces, incluso como trabajadores de la construcción y de oficios similares. Para no ir más lejos, al maestro de obra se le decía entonces alarife, palabra de raíz árabe. Su huella es notoria en nuestra arquitectura, tanto en estilos como en la técnica constructiva.

Actualmente se trabaja en despejar toda la serie de símbolos, hechos en gruesas líneas negras y grises. Son figuras como estrellas, círculos con algún tipo de arabesco (en el contexto, esa es la raíz exacta de esa palabra) o algo que pudiera ser una simplificación del escudo franciscano. También hay letras reconocibles de algo que pudiera ser una inscripción en latín, pero hasta que se saque a la luz todo el cintillo de símbolos no se podrá decir con certeza.

En principio se sabe que los símbolos se asemejan a otros hallados en cúpulas similares, por ejemplo en La Habana, donde también hay ejemplos de arte mudéjar. Aún no se ha determinado si hay un significado específico

Actualmente se trabaja en despejar toda la serie de símbolos, hechos en gruesas líneas negras y grises. El poco mantenimiento de la cúpula, que además por su forma y altura no es tan fácil de pintar como una pared de una casa, permitieron que algunos de los símbolos fueran aún visibles sin necesidad de una exploración técnica.

para cada símbolo o si tienden más a ser elementos decorativos, muy propios de aquel arte, que destacó por sus ricas ornamentaciones y el gran aprecio musulmán por la caligrafía.

El poco mantenimiento de la cúpula, que además por su forma y altura no es tan fácil de pintar como una pared de una casa, permitieron que algunos de los símbolos fueran aún visibles sin necesidad de una exploración técnica. La conservación y restauración actual contempla, por supuesto, la de toda la cúpula, tanto en su estructura, como en toda la capa externa e interna de protección.

PIEDRAS FALSAS

Arriba de estos símbolos y cubriendo todo el resto de la cúpula hacia arriba están los falsos sillares. En arquitectura un sillar es una gran piedra que ha sido desbastada y pulida hasta convertirla en una especie de ladrillo gigante. Ejemplos de sillares son los bloques de piedra que constituyen las magníficas construcciones de Cuzco, en Perú. También han sido utilizados en diversos estilos de arquitectura casi desde el principio de la civilización. Transmiten solidez y una estructura hecha para durar. Son tan grandes que deben ser manipulados con algún tipo de mecanismo o maquinaria, a diferencia de la mampostería, que significa “puesto con la mano”. Los falsos sillares de la cúpula del templo de San Francisco están pintados sobre el estuco, a manera de adorno de la misma.

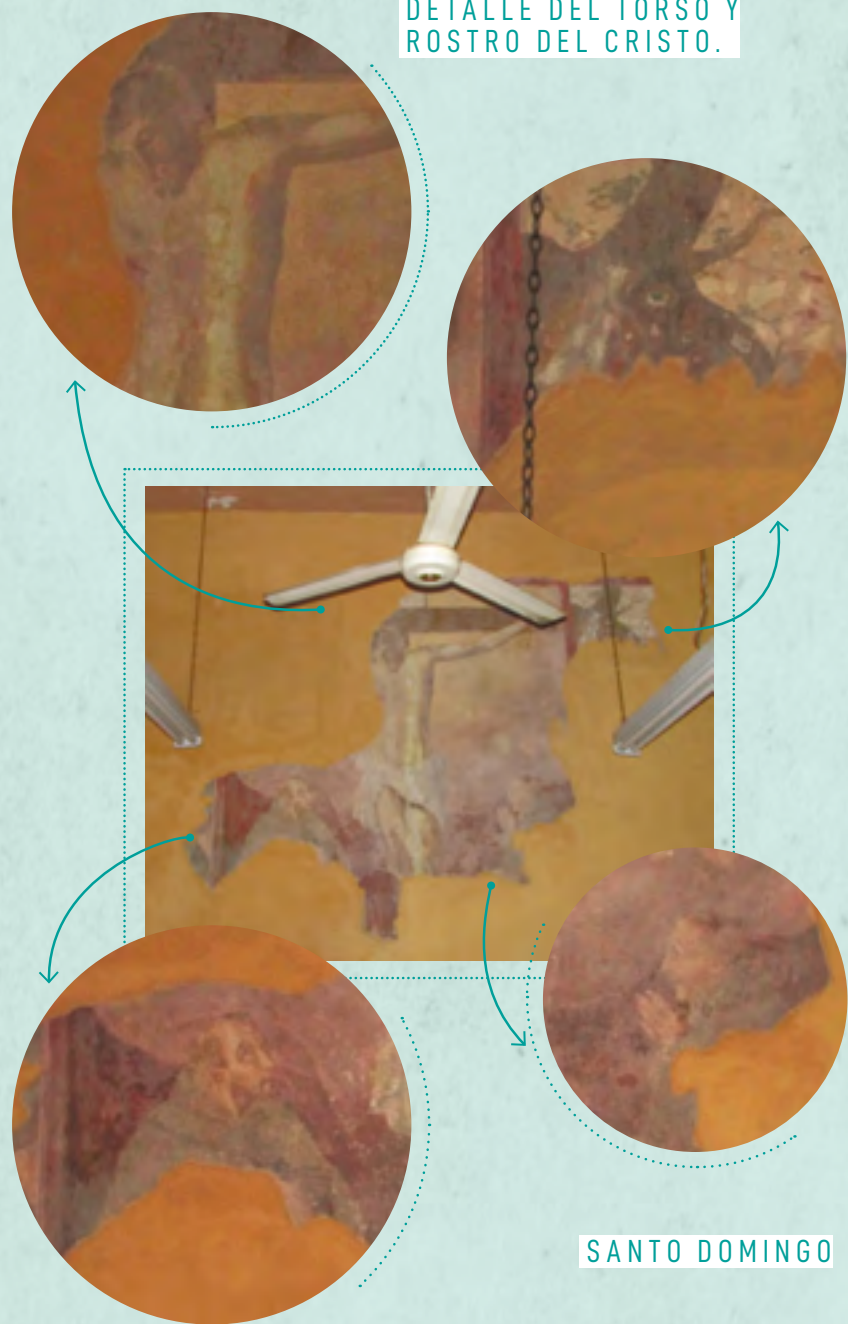
EL FRESCO

Hacer un fresco con la técnica original es un arte muy complicado de preparar y muy rápido para ejecutar. Ese es el reto. No hay tiempo ni espacio para equivocarse: lo que quedó, quedó.

Fotografías de detalles cortesía de Rodolfo Vallín, Rafael Tono y Ricardo Sánchez.



DETALLE DEL TORSO Y
ROSTRO DEL CRISTO.



SANTO DOMINGO

SAN FRANCISCO

Fotografías de El Gran Calvario
cortesía de Rodolfo Vallín.

Su origen es tan antiguo como las antiguas Grecia y Roma. En el Renacimiento tuvo un gran auge, en manos de artistas como Fra Angelico, Miguel Ángel o Rafael. Y al decir Renacimiento también quiere decir que tuvo su expresión en el arte colonial porque había buenos vasos comunicantes entre lo que se hacía en la bota itálica y en la España imperial y colonizadora de América.

Y en ese intercambio Cartagena de Indias tenía una carta ganadora. Por aquí pasaban todos los artistas que iban hacia el sur del continente, al rico virreinato del Perú, por ejemplo. Y no eran paradas cortas, de unos pocos días. Entonces los tiempos de espera para tomar el camino después de atravesar el mar se medían en semanas y meses. Así que en algo se tenían que ocupar estos artistas y acaso ganar algún dinero. Por eso en las iglesias y en diversas viejas casas del Centro han sobrevivido pinturas de esa época adornando las paredes de las diversas estancias.

A esta técnica del fresco también se le llamó *vero fresco* o *buon fresco* para distinguirla del *fresco secco*, que se hacía sobre estuco seco. Y ahí estaba la clave y la maestría que había que tener pues la última de las cuatro capas de estuco era la pintura misma y había que hacerla en cuestión de unas pocas horas, máximo cuatro. En esa última capa los colores, generalmente de origen mineral, se tenían que mezclar directamente con la cal y aplicarlos de inmediato. Por eso los colores de un día para otro nunca eran exactamente los mismos.

Por ejemplo, si tenías que pintar un cielo extenso o una capa amplia, al primer día alcanzarías a hacer una cierta parte, pero al siguiente tenías que mezclar nueva cal y nuevos colores hasta lograr la tonalidad más parecida a la del día anterior, así que nunca quedaba igual. Esa es una de las pistas para identificar un fresco auténtico. Por otra parte, es fácil pensar en la durabilidad de una técnica así, cuando el color mismo está integrado a la base que lo recibe. Es como si cada hebra de un lienzo tuviera exactamente el color que el pintor quería, no solamente las que fueron tocadas por el pincel.

Hacer la base de cal para esa técnica también era un proceso arduo. Había que calentar la piedra hasta temperaturas de horno industrial, triturarla, procesarla y al final meterla en grandes tinas, que había que revolver continuamente por meses para “curar” la mezcla. Hoy podemos explicar los tres pasos químicos que sufría esa cal, pero en aquel tiempo era algo más cercano a la artesanía y a la manera como se conserva un buen vino o un buen queso: maestría, maduración y tiempo.

CRUCIFIXIÓN

En el arte cristiano de la Edad Media en adelante, una de las escenas más representadas fue la crucifixión de Jesús. Entre los muy entendidos en ese tipo de arte se nombra de manera distinta dependiendo de los elementos alrededor del Jesús en la cruz: si está con Dimas y Gestas, los dos ladrones crucificados junto a él; si está la virgen María; si hay otros personajes; si el campo es más amplio que la sola crucifixión. Así, por ejemplo, un tipo de cuadro puede ser llamado pasión, calvario, agonía o crucifixión, según sea el caso.

En el fresco del Claustro, al que se la ha dado el nombre de *El gran calvario*, a los pies de Jesús están San Francisco y Santo Domingo, muy significativo para la comunidad franciscana. No hay pistas de quien lo pudo haber pintado. Probablemente tampoco fue la única imagen en todo el recinto, pero sí la que sobrevivió.

Usualmente estas escenas se pintaban en la sacristía, el sitio donde el sacerdote se pone los hábitos antes de la misa, y ocupaban las diversas paredes. Este fresco está ubicado en un salón del primer piso del edificio llamado de “Anexidades”, que conectaba el templo y el Claustro y que hacía las veces de sacristía. En los claustros franciscanos en las anexidades funcionaban los oficios de apoyo a la vida monacal: la cocina, lavandería, jardinería y similares. La idea era no mezclar los oficios sacros, la reflexión y la oración con los oficios de la vida cotidiana.

La primera restauración, que hace treinta años estuvo a cargo del mismo Rodolfo Vallín, permitió descubrir un fragmento grande, de forma bastante irregular, pero no todo el fresco. Esa superficie irregular es todo lo que existe. El resto del fresco se debió perder del todo en algún momento de los largos y azarosos siglos que pasaron desde que fuera pintado.

UN TESORO BAJO EL BISTURÍ

Encontrar rastros de pinturas murales es una labor de mucha paciencia. En Cartagena existe la ventaja de que la tradicional cal con que se blanqueaban las paredes ayudó a proteger esas imágenes, que tras siglos de pintura sobre pintura quedaron incluso a unos dos centímetros por debajo de la superficie. Llegar hasta ellas requiere retirar capa por capa con un bisturí, en una búsqueda que se comienza con una cuadrícula sobre la pared. Si se halla algo de interés en uno de los cuadrados se exploran los adyacentes hasta determinar la formas y figuras que están ahí debajo de las innumerables capas de cal.

Ha sido así como Vallín y su equipo han restaurado muestras del arte cartagenero colonial en decenas de casas del Centro de la ciudad: leones, micos, caracoles y otros animales, motivos florales y personajes diversos elaborados con carboncillo y con una preferencia por los tonos sepia, hacen parte del repertorio de imágenes que han vuelto a la vida tras su trabajo.

Quizás la sorpresa más grande estuvo en una conocida casa entre la calle de La Mantilla y Don Sancho, donde debajo de veinte o veinticinco capas de pintura encontraron un tesoro artístico: los salones más importantes y las áreas de paso había sido decoradas con treinta y seis embarcaciones de distintos estilos como galeones, pinazas, carabelas y galeras, todo un muestrario de primera mano del arte naval de aquella época.



COMER CON LOS ANTEPASADOS

Oh la lá es una curiosa mezcla: es un restaurante clásico, sí, pero también una casa; y un centro de experiencias gastronómicas; y donde tomarse algo en las tardes -un café y un postre, por ejemplo-; y siempre el sitio donde encontrarse con la cartagenera Carolina Vélez, su alma y motor junto con el francés Guilles Dupart.

El restaurante nació en Getsemaní, hacia 2007. Tenía y mantiene un espíritu de bistró francés: buena comida de tradición y sabor casero, en un espacio agradable y familiar, con unos precios que no te desocupan el bolsillo. Ahora es como un bistró caribe: lo mejor de allá y de acá. Le gusta pensar en que hace una comida femenina, que cuenta historias.

Unos años después se mudaron al Centro, pero la experiencia allá, a la larga, no fue tan buena. Había un flujo más estable de público, como para funcionar al almuerzo y la cena -Getsemaní se mueve más de día que de noche-. Pero también es un espacio de competencia muy dura, de poca relación entrañable con los vecinos y con el entorno, según su experiencia. Ella, que vivió por años en la calle del Espíritu Santo, regresó convencida de que en el barrio las cosas funcionan distinto, de una manera más amable. Y el tiempo le ha dado la razón.

LA CASA

Oh la lá está ubicado nada menos que en la casa de la familia Vargas en la calle Larga, más precisamente en lo que fue su área social. A Carolina se le nota encantada contando las historias de esa familia que ha ido recogiendo con los años y que alguna vez ocuparán su propio lugar en estas páginas. “Es la historia de una familia mestiza que hizo lo que no le correspondía. Esa es la lucha que tendríamos que tener todos los que tenemos que vivir”, resume con cierta sabiduría.

El patriarca de los Vargas, Francisco de Paula, es conocido como el primer gobernador de tez negra que tuvo el departamento (1942-1944). Poco hay que abundar para explicar la capacidad de liderazgo y de éxito material que tuvo que haber tenido para llegar a esa posición viniendo desde abajo. No fue el único: a principios del siglo XX, por diversas razones hubo un par de generaciones mestizas y negras que rompieron el cerco de la raza y lograron llegar a posiciones de poder y prestigio en la ciudad. Pero a él le correspondió el honor de aquella responsabilidad gubernamental. Sus hijos se dividieron entre la medicina y la abogacía. Los primeros fundaron la Clínica Vargas, que fuera tan conocida y necesaria en la ciudad.

La casa llegaba hasta la calle del Arsenal, pero ahora está subdividida en varios espacios. El origen de la familia estaba en el Chocó, de donde traían la madera para construir las embarcaciones, que fue la primera fuente grande de sus ingresos y cuyo sitio natural era el viejo playón del Arsenal.

En su primera época *Oh la lá* funcionó en la misma casa, pero un local sobre el callejón, donde ahora está *La cocina de Pepina* y donde antes estuvo una oficina del diario *El Tiempo*. A su regreso tomó la parte delantera. Es una casa alta amarilla y de un piso, bastante más amplia en su frente que el común de las casas del barrio.

Al entrar, el restaurante tiene un aire de casa familiar, de sitio donde querer estar. Desde la parte alta acompañan unas gigantescas fotos a blanco y negro de los Vargas: el patriarca con su gabinete, un hijo el día de su primera comunión, una tía. Es como un antiguo álbum de familia puesto en las paredes.

LAS EXPERIENCIAS

Pero el restaurante, siendo bueno y muy reconocido, no es ahora la principal fuente de ingresos de *Oh la lá*. Cuando hay eventos en el Centro de Convenciones, bastante frecuentes, a la hora del almuerzo no se encuentra mesa. Pero eso no ocurre todos los días.

A lo que Carolina le dedica más energía personal ahora es a las experiencias gastronómicas con viajeros de fuera de la ciudad. Suelen comenzar con un recorrido a fondo al mercado de Bazurto. “Es comida real, de la que ahora llamarían “orgánica”, de gente trabajando con la tradición”, dice.

Su obsesión por el mercado de Bazurto nació muy lejos, en Francia, a donde se fue a regañadientes de su padre, quien al final la apoyó. Allá estudió y se enamoró de los mercados locales, los de las frutas y verduras frescas que han sido producidas en los alrededores. También se casó con Guilles, a quien se trajo para vivir la aventura de montar un restaurante en la ciudad de su infancia.

De regreso, Carolina, criada en Bocagrande, encontró en Bazurto la versión local de aquellos mercados. Esa autenticidad le pareció algo muy distinto a lo que se veía en el Centro, que siente como una “disney-ficación” de la experiencia colonial y cartagenera.

Luego de ir a Bazurto con los viajeros llevan las compras al restaurante. En una mesa larga, a la vista de otros comensales, se dedican a conocer más en detalle los ingredientes locales y prepararlos juntos. “Es comida local con historia local”, dice de las recetas que preparan como ceviche caribe, bandeja de fritos, mote de queso, arepas, pollo monteriano, entre otros.

Estas experiencias muestran un camino que ya se está recorriendo en otras mecas del turismo mundial. Más que comer algo delicioso y pagar la cuenta, el viajero contemporáneo prefiere tener experiencias que abarquen más los sentidos: más sabores, más olores, más tacto. Y, sobre todo, conocer otra cultura a través del ciclo completo de su comida. Por eso hay *tours* para conocer la cultura del queso, del vino o del café. Algo similar está ocurriendo con las gastronomías locales. Es una señal para el barrio. “Getsemaní tiene una memoria muy particular en gastronomía”, opina Carolina.



VISUAL-
MENTE



SABOR A MÍ



EL CAMELLÓN, ESE GRAN DESCONOCIDO

(Tercera parte)

Al Camellón de los Mártires todos lo hemos atravesado muchas veces en la vida, pero de tanto estar ahí se nos ha vuelto paisaje: una tierra de todos y de nadie. La rica historia detrás de este espacio y su significación se están perdiendo en la memoria, no solo de los getsemanicenes, sino de la ciudad.

Con este tercer artículo cerramos esta historia del Camellón, que comenzó mucho antes de que el primer busto de un mártir fuera enclavado allí. Unos tres siglos antes, en el siglo XVI se levantó un puente sobre el caño San Anastasio, que abría paso de la ciudad amurallada hasta el naciente Convento de San Francisco y al matadero, en lo que entonces era en una isla casi despoblada. Los sucesivos rellenos sobre ese tenue franja de tierra que unía ambos lados al final constituyeron una explanada muy amplia. Sobre parte de ella existiría, tantos años después, el actual Camellón.

Pero para que el camellón naciera hizo falta el empuje de la generación Centenarista, del cubano Francisco Javier Balmaseda, entre otros factores, como contamos en la edición pasada. Al crearlo se combinó el propósito conmemorativo con el recreativo, pues Cartagena era una ciudad con pocos espacios públicos y en la explanada hacía una brisa que se agradecía mucho. Al caer la tarde, cuando el calor apretaba, la gente solía darse un paseo por allí.

Pero el camellón original no era ese espacio delimitado y formal que vemos ahora. La disposición de las bancas y los bustos era como la actual, pero dispuesta en medio de aquella explanada de tierra grande que iba hasta la calle de la Sierpe y hasta más o menos la entrada del Centro de Convenciones. Una especie de recta visual en medio de un peladero enorme. Así se ve en las pocas fotos que se mantienen de sus primeros tiempos.

Con el paso de las décadas ocurrieron de una manera sucesiva al menos cuatro fenómenos. Por una parte, la explanada se fragmentó para dar paso a espacios y límites formales que conocemos hoy: Parque Centenario, Patio de Banderas, Plazoleta de San Francisco, Muelle de los Pegasos y el propio Camellón. El segundo: se trazaron vías, con diversas modificaciones, hasta como las conocemos hoy. Tercero: surgió La Matuna y con eso cambió el uso del lugar. Ahora había una población flotante y el Camellón empezó a tener esa connotación de sitio de paso que se mantiene hoy.

El cuarto fenómeno: el camellón tuvo sucesivas transformaciones. Al principio pocas: durante primeras décadas se mantuvo con la misma estructura y pocos cambios. Por el lado que da a la torre del Reloj tuvo en una época una estructura circular para las retretas, que eran bandas de música que alegraban el atardecer y que algunos todavía recuerdan. En unas filmaciones de la visita del presidente Franklin Delano Roosevelt, en la década de los años 40 se le ve bastante despejado, como en sus orígenes, pero ya tenía un piso regular. En otra época tuvo unas materas grandes



en el centro, en las que luego fueron plantadas palmeras. En otro momento donde estuvo la retreta se hizo una rotonda arbolada. En algún tiempo hubo materas al centro y otras a los lados, como una jardinera urbana, lejos del aire despejado del Camellón actual. Hasta donde sabemos no hay una memoria orgánica de cómo y cuando ocurrió cada transformación, sino que debe haber piezas sueltas en diversos archivos de la ciudad, lo que da pie al trabajo sostenido de un historiador o de un urbanista.

A mediados del siglo XX el camellón comunicaba al Centro de la ciudad con la zona de teatros, que eran el gran entretenimiento público antes de que la televisión se popularizara. También se mantenían aún como espacio de socialización y tertulia.

William Nassar, que pasó la primera parte de su vida como vecino del Parque de la Independencia recuerda aquellos tiempos. **“Cuando comencé a tener uso de razón, el Camellón era el punto de la reunión, de la tertulia del grupo de uno y de todo mundo. En la noche la sociedad de Cartagena se congregaba en ese lugar a sentarse y conversar las cosas del día a día. Es decir, ese era el tertuliadero. Había bastantes bancas, pero también la gente pasaba a caminar. Ahí llegaban los cronistas deportivos, la sociedad y todo el mundo se sentaba. Después se fue perdiendo esa costumbre”.**

UN MERCADO VORAZ

En su momento el Mercado Público (1904) fue la obra civil más importante de la ciudad, donde para cualquiera era un gusto ir a comprar. Pero con el paso de las décadas se fue desbordando hasta dominar con su actividad casi todos los espacios cercanos. Además las rutas de transporte público pasaban por allí. William Nassar alcanzó a vivir algo de esa época, pero el desborde del Mercado Público hacia afuera del recinto, tal como hoy ocurre hoy con el mercado de Bazurto, llegó a un punto que casi absorbió al Camellón.

Gustavo Lemaitre, antiguo habitante de Getsemaní lo recuerda así: “Para mí el Camellón tuvo un mal vecino y fue el Mercado Público, porque ahí cerca estacionaban los buses, las carretas y nadie le prestaba atención. Cuando se fue el mercado público de esa zona muchos se dieron cuenta de que ahí había un camellón y cosas importantes como la Noli Me Tangere y el par de fuentes y los bustos de los mártires”.

EL GRAN DESCONOCIDO

Y luego de la ida del mercado y de los teatros, al Camellón le ha llegado la época del turismo desbordado. Ahora de día es un sitio de paso y en las noches un punto de encuentro antes de ir a la activa vida de fiesta que ofrece el barrio. Se reúnen muchachos, sí, pero son encuentros dispersos, no el sitio para ir a tomar el fresco con los vecinos todos los días, como antaño.

La última intervención de fondo se hizo en 2007. El restaurador getsemanicense Salim Osta, al frente del grupo Conservar, realizó un mantenimiento profundo y con la técnica necesaria para renovar las fuentes, los pedestales y bustos de los mártires y las bancas de mármol. Al año siguiente la historiadora María Victoria García Azuero descubrió que era cierta la leyenda de que en 1911 se habían trastocado cuatro bustos de su pedestal. Todavía no se han regresado a su lugar correspondiente. Ese equivoco y la falta de su arreglo parece ser también una señal de la importancia que se le da al Camellón

“Ahora han ido cambiando los usos. Se ha vuelto más turístico. Se han ido sumando cosas, como las chivas rumberas”, describe la líder cívica Liliana Urrego. Ella, con un grupo de voluntarios están intentando recuperar la memoria y el significado del Camellón, pero es una labor incesante: lo adelantado en una jornada se borra muy pocos días después. Después de una día cívico de aseo, basta con una sola noche de fiesta para que lo que se limpió y adecentó vuelva a estar lleno de botellas vacías de licor, cajetillas de cigarrillos y la basura que queda después de una fiesta.

“Igual que mucho de lo que sucede en la ciudad, el Camellón refleja una mala administración, el desorden, la apatía, la falta de apego y de identidad. Representa a la Independencia y a nuestros héroes, pero al mismo tiempo es un lugar descuidado y sin respeto por esa memoria. No es un lugar del que nos podamos sentir orgullosos porque ni siquiera lo conocemos”, argumenta Liliana, en un llamado de atención para reflexionar y revivir el profundo sentido ciudadano al que nos llama un espacio que debería ser defendido como tierra de todos. ●

EL CAMELLÓN DE LOS MÁRTIRES Y SU ENTORNO





El origen remoto de nuestra tradición de Ángeles Somos es muy, pero muy antiguo. Nos conecta con raíces muy profundas de la historia humana y de la religión, pero al mismo tiempo lo hemos convertido en algo muy nuestro, que habla de nuestro sentido de la solidaridad y de la pertenencia. En esa olla cabe todo el mundo. Es un sancocho planetario.

El rito católico que en su momento estuvo tras el origen de Ángeles Somos nació como la asimilación católica de una fiesta “pagana”. Veamos: “Los druidas y sacerdotes celtas (paganos antiguos del norte de Europa, cuyo origen se sitúa en la edad de Hierro) observaban cómo desde el 23 de septiembre, día que empieza el equinoccio de otoño, la oscuridad empezaba a ganar terreno, el Dios a debilitarse y a envejecer con la llegada de Samhain que es la tercera y última de las fiestas de la cosecha. Esta celebración marca el fin del verano y comienza con el crepúsculo del 31 de octubre cuando el sol declina; por ello las hogueras se encienden para ayudar a las almas de los muertos a encontrar su camino hacia la luz y el descanso y se intercambiaban alimentos”, según un documento especializado del que hablaremos más adelante. A eso, en su momento, lo terminaron por llamar *All hallow eve: Halloween*.

Como saben los estudiosos, la tradición católica incorporó y les dio un nuevo sentido a algunos ritos de los pueblos que se iban convirtiendo al cristianismo. En un sentido profundo, Ángeles Somos es un ejemplo de ello.

Pero el camino para llegar a nuestra fiesta fue bastante largo. “En 835 el Papa Gregorio IV retomó la tradición del día de Todos los Santos, consagrada por la iglesia siria desde el siglo IV y la opuso a la fiesta de brujas (el origen del halloween). Tenía también el sentido de inicio y preparación para noviembre, el mes dedicado a las almas -ánimas- de las personas ya fallecidas”, dice el documento.

Luego, a la América colonial llegaron esas tradiciones católicas, pero aquí volvieron a tener un giro. En el caso mexicano se les incorporó todo el potente imaginario del mundo de los muertos que traían desde tiempos prehispánicos. De ahí, emparentado, surgió el Día de los Muertos que allá es tan importante para la cultura nacional. Si se sabe mirar bien, detrás de la calaverita de dulce laten todos esos significados. Igual que nuestro Ángeles Somos.

“Existen en muchas de las naciones latinoamericanas registros de la celebración del Ángeles Somos, en regiones y ciudades pequeñas, aunque en forma dispersa, siempre ligada a tradiciones y a valores culturales y costumbres alimenticias locales, como el sancocho en Cartagena”, explica el documento nombrado arriba.

La tradición consiste en que los niños salen cada 1 de noviembre, de casa en casa, en su barrio, a pedir alimentos para realizar un gran ‘sancocho’ colectivo. La petición no se hace a “palo seco” sino con los cánticos populares como “*Ángeles Somos del cielo venimos buscando comida pa’ nosotros mismo*”.

ÁNGELES SOMOS UNA OLLA DE TODO EL MUNDO

A pesar de su origen católico la tradición “se volvió prosaica. El sancocho no entra en la tradición religiosa. Nunca ha habido un ritual desde el punto de vista espiritual para Ángeles Somos”, explica **Rosita Díaz**, promotora del rescate de esta manifestación popular.

“Muchas cosas hacen que las formas de la tradición vayan cambiado, pero sigue siendo la misma porque en ella hay valores como la solidaridad, la integración, la coordinación el trabajo en equipo, la posibilidad de convivir con el otro. Tú llegas donde está una olla y si quieres sancocho pides y te dan. Son valores propios de la cartagenidad inmersos en esa tradición”.

EL SANCOCHO PLANETARIO

“Es una tradición que ha ido tomando las características culturales de los sitios, por ejemplo: hoy persiste en Barranquilla, Magangué, y otros sitios de la Costa, pero también en todo el Caribe Insular. También en México, Argentina, Salvador y Guatemala, en España y algunos sitios de Alemania. Una persona de la comunidad árabe me comentó que ellos en el Ramadán hacen una celebración parecida por aquello de compartir, recoger comida y otras cosas”, nos dice Rosita.

Y aquí vuelve a haber otra conexión con el mundo. El sancocho, que nos parece tan local, está mucho más extendido y a su vez recoge influencias de todo el orbe. Para ejemplificar con algunos ingredientes del nuestro: la gallina viene de Asia; el ñame, de África; la mazorca y la ahuyama, de México; el repollo, de Europa Central; la cebolla, de China, India, Irán y Pakistán; la zanahoria, de Asia Central; el cilantro, del sureste de Europa y norte de África; el ají y la papa, del Alto Perú y Bolivia; el apio, del Mediterráneo y Oriente Medio.

“En la fiesta la comida no es elemento principal o el objetivo central, sino todo el proceso que se da a lo largo de una serie de acciones en la cual el disfrute es el ingrediente principal desde el principio hasta el final. De otra parte, no demanda a ninguna persona o familia la compra de objetos especiales para su celebración”, explica el documento.

LA RECUPERACIÓN

En el barrio tuvo su auge pero a mediados de los años 70 tuvo un declive. Comenzó a perder notoriedad por consecuencia de la celebración de ‘noche de brujas o *Halloween*’, con la que comparte orígenes históricos, como vimos más arriba.

“En 1976, cuando volvimos con mi esposo para radicarnos, después de haber estudiado Sociología en Medellín, me di cuenta que los pelaos ya no salían a buscar Ángeles Somos. Empezamos analizar por qué se estaba perdiendo eso, cuáles eran los cambios que se dieron en la ciudad y analizamos la tradición como tal”, cuenta Rosita.

Un par de años después comenzó el proceso de recuperación de la tradición cuando Rosita era la directora ADEP (Asociación de Educadores

Preescolares), organización que empezó a celebrarlo con desfiles barriales de niños y niñas. Pero un paso aún más definitivo ocurrió en 1983, cuando Cartagena cumplía 450 años. “El alcalde de ese momento, Antonio Pretelt celebraría el sesquicentenario y le pregunté que si tenía algo preparado para los niños. Me dijo que no, que si se me ocurría algo y le dije: -Rescatar y activar Ángeles Somos en toda la ciudad-”, explica Rosita.

La profesora Maura Cecilia Roy González, de la Institución Educativa La Milagrosa ha hecho parte del esfuerzo por recuperar la tradición. “Desde niña vi que los vecinos en el barrio, todos los 1 de noviembre, para celebrar Ángeles Somos. Luego cuando estuve trabajando en la institución, nos unimos a trabajar con Rosa Díaz en el Jardín Infantil los Coches, para darle más vida a esa festividad”.

“Con esta celebración vienen inmersos valores como la solidaridad y el compartir. Cada vez se realiza en más barrios de Cartagena. Los niños cada año están pendientes: -¿Ajá, seño, y Ángeles Somos?-. Por ende, en nuestra programación escolar del año tenemos siempre el 1 de noviembre como celebración de Ángeles Somos. Ya lo hemos institucionalizado”, dice la profesora Maura Cecilia.

“Los niños se preparan antes de la actividad -¿Seño, qué es lo que vamos hacer? ¿vamos hacer un curso? ¿qué juegos? ¿qué día?-. También hay otros niños que no están en la Escuela, pero que han visto el trabajo, también se organizan, hacen su recolección y su sancocho en la calle”.

LA POSTULACIÓN

Arriba hablamos de un documento especializado. Pues bien, un grupo de trabajo, encabezado por Rosita Díaz está trabajando con todo el detalle para lograr que Ángeles Somos sea inscrito como patrimonio inmaterial de la Nación. Para postularse oficialmente deben presentar un documento especializado, el mismo que hemos venido citando en este artículo.

Se trata del paso siguiente para seguir fortaleciendo esta tradición y salvaguardarla. Así como hay una legislación rigurosa e instituciones para defender los inmuebles patrimoniales sea de la Nación, del departamento o de una ciudad, también en el mundo se ha abierto paso la idea de que es tan o más importante proteger el patrimonio inmaterial como las lenguas, las tradiciones culinarias o los juegos, entre otras de sus manifestaciones.

El Ministerio de Cultura tiene un área dedicada al Patrimonio Inmaterial. Andrés Forero Rueda, asesor de esta dependencia habló con nosotros. “El concepto que utilizamos es el de Patrimonio Cultural Inmaterial, como lo estableció la Convención de la Unesco. Los países que hacen parte de esa convención, Colombia entre ellos, asumen el compromiso de salvaguardar su patrimonio cultural e inmaterial”.

Como parte de ese esfuerzo una comunidad puede pedir que una manifestación cultural suya entre formalmente en el registro nacional de Patrimonio Inmaterial. “Toda persona natural, jurídica, la institucionalidad pública, puede presentar una postulación: un documento que explica la relevancia de la manifestación para ser comprendida como patrimonio cultural e inmaterial y para ingresar en la lista. La postulación debe contener seis puntos descritos en el decreto 1080”, explica Forero.

“Aclaro que realizaremos una evaluación técnica de la postulación, pero desde lo personal siento esta celebración muy cercana, porque soy de Barranquilla y por supuesto que esto hace parte de mi identidad. Hemos visto un documento preliminar donde hay un énfasis importante en todo ese proceso que inicia desde los años 80 en una tradición que se estaba perdiendo por influencias extranjeras”, dice Forero.

“Valoro que es un proceso organizado y consciente alrededor de darle vigencia a una manifestación con unos valores muy importantes. Si bien mucha de nuestras tradiciones tienen que ver con los saberes, esta gira alrededor de la infancia y sería una oportunidad para hablar desde el aspecto del patrimonio acerca del cumplimiento de los derechos culturales de los niños”.

GETSEMANÍ DE ESPANTO

Para creencias, agüeros y temores todos tenemos alguno, pero démonos una licencia en este octubre de brujas y espantos para sacarlos a la luz e imaginar un Getsemaní poblado de fantasmas, misterios y leyenda.

Pensemos, por ejemplo, en los cuentos de miedo que el viejo Mario Vitola, el Viti, les contaba a los niñitos del barrio: que en algunas noches todavía se escuchan las cadenas de los esclavos arrastrándose. Y que también podían escucharse ruidos y golpes en las paredes y que esos eran los esclavos que abrían huecos en las paredes para esconder los tesoros antes de que llegaran por ellos los piratas.

O también en el forajido al que muchos en el barrio aseguraban haber visto pasear por los tejados en la noche, como un fantasma, inmune a las balas y peligros, tanto de la ley como de sus enemigos, porque tenía una seguridad. “Hay gente muy supersticiosa y que rumora que en la casa donde vivió todavía se escuchan ruidos extraños. Esa casa era el epicentro de peleas, balaceras y escándalos. Dicen que cuando lo mataron empezaron a sentirse esos mismos ruidos de cuando estaba vivo”, nos dijo un vecino.

Y qué tal -y parece que no es cuento sino verdad vista con ojos propios y que nos ha contado quien lo vió- que en alguna azotea, hace no muchos años, había vecinos que practicaban el vudú, con gallinas despescuezadas y la sangre en el caldero. Y también se habla de una casa donde se hacían sesiones espiritistas.

Y en los viejos teatros, donde de día había películas y risas, pero de noche a muchos de sus trabajadores les daba miedo deambular solos por ahí. Se escuchaban rumores de que aparecía una mujer. Y que le gustaba hacerlo cerca de la escalera de caracol que subía a la sala de proyección, cuyo encargado, el señor Narváez, decía con temor -Allá sale una sombra-. Entonces más

de uno prefería quedarse toda la proyección trepado arriba antes que bajar a comprobar si lo de la sombra era cierto. Y eso que no sabían que debajo de todo aquello habían enterrado a cientos de personas, cuando los templos eran el cementerio natural del pueblo.

Y otro técnico asegura haber visto un fantasma que andaba por los teatros Bucanero y Calamarí “Un día estoy pasando del Teatro Cartagena para el Calamarí, cuando alzo la cabeza y veo en la puerta una sombra y empiezo a gritar y dije: -¡No joda! ¡Yo no voy a hacer más nada aquí! Yo si vi esa sombra”, asegura todavía hoy, tantos años después.

Pero el susto que sí fue real fue cuando aprovecharon un disfraz de Freddy Krueger -muy realista, que les proveyó la distribuidora de la película *Pesadilla sin fin*- y un empleado se lo enfundó. Llegada la noche y cuando había más gente en la fila, saltaba de improvviso desde un rincón que habían calculado minuciosamente o con estudiada teatralidad le tocaba el hombro a algún desprevenido ¡con la garra de metal! O lo escondían detrás del telón del teatro y salía de repente justo después de que apagaban las luces. Eso, nos cuentan, era el propio pandemonio.

Y el joven músico Faruk Kozma también tiene su historia: “en el callejón Ancho había una casa grande en la que vivían varias familias. En la última habitación se escuchaban pasos y ruidos cada vez que alguien se mudaba. En realidad nadie de mi familia creía eso, ¡hasta que nosotros nos mudamos ahí! Las dudas se despejaron del todo cuando sentimos que nos jalaban los pies en la cama, que las puertas se cerraban solas y que mi mamá y mi hermana vieron sombras. En ese cuarto yo sentía escalofríos. Se hablaba de que en ese sector se realizaban enterramientos hace muchos años”.

Una Getsemaní de espanto y leyenda, para entreternos un poco antes de que nos lleguen el próximo susto de los servicios públicos o del predial ¡Eso sí que da miedo!

Una iniciativa de  con la realización del equipo de GUIDOULLOA

DIRECTOR: José Luis Novoa S.
DISEÑO: Angélica Neira Hazime
REDACCIÓN: Samuel López López
COORDINACIÓN: Estefany Gómez Solórzano
CALLE A CALLE: Sandra López Castillo
FOTOGRAFÍA: Jaime Espinosa Monroy
DISTRIBUCIÓN: Alejandra Carrasquilla y equipo

Visítanos en: www.elgetsemanicense.com
Escríbenos a: elgetsemanicense@gmail.com

Edición 13. Octubre de 2019
Impreso en Comunican S.A., Bogotá.
ISSN: 2665-2919



+57 317 7980837



@sanfranciscogetsemani



San Francisco Getsemaní



EN MI BARRIO